

para que "la" Tiempo se abriera a nuevas temáticas sociales y culturales; se trataba de potenciar el acercamiento a un lector más amplio, sin renunciar a las raíces *filosóficas* de la publicación y las convicciones cristianas que la alimentaron desde sus comienzos. Pero como he dicho anteriormente, en el marco de un esencial pluralismo crítico que me permitieran a mí, por ejemplo, que no poseo esas convicciones religiosas, trabajar junto a compañeros y compañeras con quienes coincidimos en cuestiones esenciales en cuanto al sentido de la existencia humana, la centralidad de los pobres como objeto/sujetos de la acción militante y la convicción de que a las sociedades no solo hay que estudiarlas sino trabajar para volverlas más dignas, justas y humanas. Debo señalar que por ello nunca me sentí una "mosca blanca" en el colectivo Tiempo Latinoamericano, ya que es habitual que estén cerca de la institución compañeros/as de las más diversas trayectorias al respecto.

Para concluir estas brevísimas reflexiones testimoniales, en este caso, una acotación terminológica, pero relevante para mí; no participar de las convicciones cristianas mayoritarias del colectivo Tiempo, no significa ser "ateo"; siempre he pensado que el ateísmo es una impostura, vale decir, una no-postura, pues en rigor el ateo niega a un Dios que, primero debe aceptar que de algún modo existe, para poder negarlo. De lo contrario, negaría lo que no existe, lo cual es una contradicción lógica; de allí lo de "impostura".

A esta altura de mi vida me parece, no obstante, que lo auténticamente religioso no se juega en afirmar o negar empíricamente la existencia de una *deidad* supra-histórica; pienso que eso no constituye lo esencial de la fe religiosa, como lo he aprendido a lo largo de años trabajando con cristianos cuyo testimonio central es jugarse terrenamente por los otros y, en primer lugar, por las víctimas. Lo demás, es opinable y dará siempre tela para cortar. Así lo siento y lo pienso.



Reflexiones con motivo del número 100

Eduardo L. González Olguin. Consejo Asesor TL.

El número 100 de la Revista TIEMPO LATINOAMERICANO significa un acontecimiento importante para la vida política y cultural de Córdoba, esta revista se inscribe en la tradición reformista y revolucionaria de nuestra ciudad en donde lo político tuvo un fuerte reflejo cultural y viceversa, en una virtuosa dialéctica que alimentaba a uno y otro. En donde lo político expresa la idea de una sociedad más justa, abarcativa de múltiples expresiones partidarias.

La dictadura militar cortó esto, pero esta revista antes del restablecimiento de la democracia comenzó a realizar su aporte en este sentido.

EDITORIAL

Nace una palabra

Editorial TL n° 1

Cuando hace veinte años el Concilio Vaticano II estremeció al mundo con su mensaje de esperanza y vida nueva, nosotros estrenábamos una adolescencia llena de sueños e ilusiones. Nuestra fe recién despierta al latir del mundo, se maduraba en esta Argentina tan querida y tan herida. Y Córdoba, por entonces la Docta y la cristiana, la revolucionaria arrepentida, la del Cristo Vence



El estar vinculado a esta revista primero como columnista y luego como miembro del consejo asesor es un motivo de orgullo y satisfacción ya que me ha permitido aportar mi pequeño granito de arena al debate de Córdoba, y es un complemento para mi actividad política y académica.

La reflexión permanente sobre problemas coyunturales y fundamentales que siempre caracterizó a nuestra revista, colabora para lograr una visión de la realidad cotidiana enmarcada por lo estratégico, es decir una Argentina en la que el ideal cristiano se haga realidad.

Este abordaje de las temáticas se ha caracterizado por una visión no dogmática, expresada por sus colaboradores y columnistas, temáticas que por otra parte abarcaron innumerables aspectos, en una palabra siempre existió un deseo de reflejar la realidad en toda su complejidad.

Por esta razón Tiempo Latinoamericano se transformó en un espacio por el que circularon y circulan las ideas de aquellos comprometidos con el logro de un mundo mejor, así a la par de la tarea editorial se realizaron innumerables talleres y seminarios, entre los que cabe destacar los cursos de verano de Colonia Caroya, que me contaron como oyente y disertante, que tuvieron un profundo significado para mi formación como ser humano.

Tiempo Latinoamericano como espacio político cultural se ha sabido transformar al calor de los cambios que ocurrieron, de allí su extraordinaria supervivencia, todos conocemos las innumerables experiencias, similares a la nuestra, que no lograron sobrevivir, transformación que nunca lo llevo al oportunismo ni al facilismo, sino que consistió en la adecuación del ideal de un mundo más justo a las coyunturas del momento, demostrando una gran consecuencia.

Es de esperar que quienes tomen nuestros lugares, ya que muchos peinamos canas, logren continuar con este camino de compromiso no dogmático, generador de debates francos que integren, como hasta ahora, las urgencias cotidianas con las importancias estratégicas, como es lógico para generar esa continuidad es imprescindible la incorporación de más jóvenes.

Este número 100 encuentra a TIEMPO LATINOAMERICANO, tanto como revista como espacio político cultural, con el mismo dinamismo de su primer número alimentado por la energía que nos otorga el querer una Argentina en la que predominen el amor, la igualdad, la libertad, la paz y la armonía.

